D.H. LAWRENCE Y LA RELIGIÓN DE LA SERPIENTE

DAVID HERBERT LAWRENCE, EL PENSADOR ROMÁNTICO Y NARRADOR naturalista y simbolista de relatos y novelas lineales, el que huyó asqueado de Inglaterra, el escritor más original en una época de originales (Joyce, Woolf...), el lírico antimoderno, el pelirrojo, luego de haber pasado por Ceilán, Australia e Italia, en marzo de 1923 por vez primera vino a México, a los treinta y siete años. Y en México transformó narrativamente su mito sexual en una religión, con himnos y liturgia, con dioses y sacrificios.

Algo había en México en los años veinte que propendía a la religión; los extremos: por un lado las fanáticas persecuciones oficiales, por el otro la maniática obsesión de sacrificio de los cristeros. No sólo en los 20, México tanto propende hacia lo religioso que para controlarse el país se ha autoimpuesto la máscara del liberalismo laico.

Las fantasías sexuales de Lawrence con las que pretendía poner fin a los desórdenes sociales y morales de su tiempo, al contacto con un aire cargado eléctricamente de anatemas y rezos, cristalizaron, durante su estancia en México, en una novela, varios cuentos, una docena de ensayos, un arranque de una obra dramática y una copiosa correspondencia. El núcleo de este genial esfuerzo creativo, *La serpiente emplumada*, tiene a su vez un núcleo: la virilidad fálica expresada en el culto a Quetzalcóatl. ¿Por qué Quetzalcóatl? ¿Por qué no? Si Vasconcelos se creyó Ulises, ¿por qué Lawrence no Quetzalcóatl? El mito del hombre blanco que regresa a redimir. Cuando paseaba por el mercado de Oaxaca los indios le decían Cristo, por su barba y figura. Varias razones más ofrece el biógrafo norteamericano Ross Parmenter en su prolijo, puntilloso y por momentos cansado libro *Lawrence en Oaxaca* (FCE, 1989). Está primero lo de la serpiente: en un pasaje de su novela Lawrence dice que ésta, luego de haber estado en contacto con el centro de la tierra, atraviesa la corteza, sale a la superficie, se enreda en los tobillos de los hombres, asiendo por sus piernas "y sus muslos, elevando la cabeza de la serpiente de su cuerpo, en donde radica el poder". Su mito fálico se transforma en la religión del poder de la serpiente "emplumada", es decir, que trasciende su condición. Por otro lado, las visitas de Lawrence a México coincidieron con el descubrimiento, a cargo de Manuel Gamio, de la impresionante pirámide de Quetzalcóatl en Teotihuacán. A Borges lo horrorizaron las serpientes de la pirámide, a Lawrence lo fascinaron. Es que en el fondo Borges era inglés, y Lawrence antiinglés. Además, los primeros diez años de revolución habían desatado fuerzas que en los años veinte volvieron a encontrarse en forma de nudo. La exacerbada sensibilidad de

Lawrence captó las tensiones religiosas que se agitaban y chasqueaban en el aire mexicano.

Desde que en el siglo XV desembarcaron en costas americanas, cíclicamente algunos europeos continúan la tradición de huir de su país para fundar utopías en este continente. Hace cinco siglos los impulsaba la religión y la codicia, en el siglo XIX y XX Fourier y Lawrence, que aborrecen religión y comercio, intentan fundar colonias bajo la égida del sexo. Fourier lo logra pero fracasa, a Lawrence todos sus amigos ingleses lo desairan. Viaja por Oriente, pasa por Nuevo México y finalmente se interna en el corazón de sus tinieblas que es Oaxaca. Conrad pensó que pasaría en África y que Kurtz enloquecería de poder. A Lawrence, sin embargo, no le interesaba otro poder que el sexual. Llega a México, el aire está cargado de incienso y pólvora, en el mercado de Oaxaca le llaman Cristo. Entonces imagina: qué pasaría si en México un movimiento religioso reivindicara los símbolos de Quetzalcóatl y se enfrentara a la religión católica. Qué pasaría si el ejército callista, para aplastar a la Iglesia, fomentara esta religión fundada en el origen mítico de la nación. Lawrence no arengó a ningún indio para que se convirtiera a una religión en la cual él sería un dios indiscutido. Pero creó una novela, *La serpiente emplumada*, donde Ramón, el protagonista, coordina un movimiento religioso que lo tiene a él en su centro. Ramón funda y difunde el mito de la serpiente, el mito del falo conectado a la raíz del mundo. El mito del hombre blanco que regresa a redimir. No una colonia regida por principios sexuales en Nuevo México, Lawrence funda en su novela mexicana una religión poética, antidemocrática sí, fascistoide, pero también profundamente trágica. Una revolución religiosa que estaba en el aire: que tres años después de escrita su novela estallara en pleno la guerra cristera no hace sino corroborar la tensión religiosa que Lawrence supo expresar en su novela.

Para alejarse de lo intelectual Lawrence hizo del sexo un mito (el de la poderosa sangre que nos une al centro sagrado de la tierra) y, en sus momentos más intensos, una religión. ¿Sexualizó su literatura o literaturizó el sexo? La sexualizó en sus apasionadas evocaciones de las cosas, en su descripción de las piedras, la luz, el cielo, la piel morena y los ojos negros, las montañas de Oaxaca. Al sexo lo literaturizó al oponerlo como religión a las ideas más potentes de su época: mercantilismo, comunismo, etc. Usó al sexo para negar las manías racionales de Occidente y para vincularse —regenerarse— con el mundo. Fue un escritor de creencias que aborreció el intelectualismo mediante un estilo desesperado y por ello intenso, su cálida descripción de caracteres y su pasión por superar

por las palabras a las palabras mismas para dirigirse a la sensibilidad. Joyce y Woolf concentraron su originalidad en el texto, Lawrence en su sensualidad y en sus ideas sensuales, a veces excesivas en lo social a causa de su intensidad individual.

Fue Lawrence sin duda un escritor de genio, un escritor romántico que creía en la necesidad de actuar sus ideas. Otro escritor de temple similar, un mexicano, no pudo cruzarse con él. Vasconcelos, entonces secretario de Educación Pública, al enterarse de que estaba Lawrence en México lo invitó a comer. Una tarde de junio acudió a la cita y lo hicieron hacer antésala, luego un asistente le informó al ya exasperado Lawrence que Vasconcelos había tenido que acudir a una audiencia inesperada con Alvaro Obregón. Qué tengo yo que andar visitando a secretarios de Estado, pensó y se fue irritado. Vasconcelos nació en Oaxaca tres años antes que Lawrence naciera en Eastwood. No sólo la apasionada sensualidad de ambos los vincula, ni mucho menos su profascismo, los une más íntimamente a ambos el mito de la serpiente. En 1924, en Oaxaca, un novelista inglés imagina el surgimiento de la religión de Quetzalcóatl. Ese mismo año, a punto de renunciar a su puesto, Vasconcelos asiste a la celebración del "día del Maestro". Me gusta imaginarlo, grandilocuente, alentando a los jovencísimos maestros rurales: "Algo hay en el ambiente nacional y en la conciencia de los maestros mismos que hace que en estos momentos no se parezcan del todo, a pesar de la analogía aparente, a los instantes de amargura en que el alma de Quetzalcóatl mira que su obra se pierda en los ríos de sangre, y desilusionado se ausenta. Hoy la conciencia colectiva sabrá inspirarse en Quetzalcóatl, cuya alma se multiplica en cada uno de los maestros. ¡Quetzalcóatl, el principio de la civilización, el dios constructor, triunfará sobre Huitzilpochtli, el demonio de la violencia y el mal, que tantos siglos lleva de insolente y destructor poderío!". Ambos confiaban en los poderes del mito para fundar una civilización, una nueva civilización. Vasconcelos creía en la raza como Lawrence en la sangre. Fueron hombres de acción, de convicciones y de genio. Lawrence se imaginó en México a Quetzalcóatl en el poder, a Vasconcelos le arrebataron la presidencia en 1929; Lawrence murió al año siguiente. Lawrence, como narrador, intentó siempre dar cabida al otro, al diferente, a la mujer. Vasconcelos, como narrador, casi nunca salió de sí mismo, tan grandes creyó que eran sus comarcas interiores que las recorrió hasta perderse en arrebatos de amargura y bilis histórica. Las historias del inglés exótico y del mexicano excéntrico se tocan y se separan en numerosos puntos. Se pensaba que Vasconcelos le había servido a Lawrence como modelo para crear a Ramón, el protagonista de *La serpiente emplumada*, Ross Parmenter demuestra que no, que el verdadero modelo de ese personaje lo inspiró el arqueólogo Manuel Gamio. Estuvieron a punto de estrecharse las manos en un edificio donde Diego Rivera imaginaba en los muros utopías revolucionarias y fantasías y retratos prehispánicos, si no lo hicieron fue porque polos iguales de un íman se rechazan.

Creó Lawrence que los dioses estaban vivos en México. Más que dioses, Lawrence intuyó con claridad la pugna religiosa mexicana, la lucha entre alacranes religiosos y antirreligiosos. Supo, en una vigorosa muestra de su arte, fundir sus creencias fálicas y su voluntarismo sanguíneo con los ecos que le llegaban de la realidad histórica y espiritual del país.

Lawrence iluminó con sus mitologías sexuales la turbulenta espiritualidad mexicana, al mismo tiempo que los movimientos religiosos mexicanos echaron luz en las creencias que Lawrence tenía respecto al resurgimiento de las potencias ocultas que el industrialismo había desplazado.

Lawrence vino a México a ver montañas, indios, a tener paz y buen clima para escribir una novela que tuviera como fondo el conflicto religioso mexicano. Graham Greene y Aldous Huxley lo hicieron también por esos años. A Lawrence, que venía a otra cosa, le salieron al paso intelectuales mexicanos. Primero Luis Quintanilla y luego Genaro Estrada. Congenió Lawrence con Quintanilla, el joven poeta estridentista al que invitó a seguirlo a Oaxaca, para dedicarse exclusivamente a la literatura. Hubiera aceptado Quintanilla de no ser por el aumento de sueldo repentino que recibió en la dependencia donde trabajaba. El fin de su amistad es ridículo, una mutua necedad. La última vez que se vieron fue en un desayuno. Quintanilla llegó acompañado de Manuel Maples Arce, su amigo, de quien dijo: "Es un genio". A lo que Lawrence respondió: "México no ha dado ningún genio". Quintanilla se levantó de la mesa enfurecido y con Maples Arce se fue.

Terminada la revisión de *La serpiente emplumada* Lawrence enferma gravemente en Oaxaca. Odiará en adelante a México por esa enfermedad que lo minó definitivamente. Abandonó el país en 1925. Dos años más tarde, otro cosmopolita mexicano, Octavio G. Barreda, traduce en Nueva York *Mañanas de México* y "Días de mercado". D.H. Lawrence ha sido criticado estérilmente, fue fecunda en cambio la influencia que ejerció, por ejemplo, en el Octavio Paz de *Raíz del hombre*. Una reseña de *La mujer que se fue a caballo* del mismo Paz en 1939 abrió el interés crítico por su obra.

Casi al llegar a México, en una carta, Lawrence expresó que era inevitable la invasión de los Estados Unidos a México. Es probable que al fin de su estancia, luego de haberse sumergido en las turbulentas aguas religiosas mexicanas, se haya dado cuenta que precisamente la religión es el dique silencio y más efectivo contra la tendencia imperial norteamericana. De cualquier modo, es un error querer opacar la visión de Lawrence por sus comentarios políticos y sus interpretaciones históricas. En lo que creyó Lawrence fue en la sangre, en su poder. Pero por encima de las creencias del novelista se sitúa la forma en que interpretó imaginariamente sus creencias. La forma en que sus fantasías encarnaron en los himnos que en *La serpiente emplumada* salmodia Ramón, en el sacrificio de Kate, en el lirismo paisajístico y emocional de Lawrence. En una carta a Carlo Linati, redactada en México, Lawrence escribe: "Un libro tiene que ser un bandido, un rebelde o un hombre entre la muchedumbre... Odio eso del actor y del público. Un actor debe estar inmerso en la multitud, pateando a la gente, o incitándola a cometer alguna travesura o a gozar de alguna alegría". La serpiente con plumas recorre los pies de la multitud mexicana. Los dioses, más bien: las fuerzas mexicanas están vivas, en tensión. Fuerzas, por supuesto, no sólo económicas o sociales. David Herbert Lawrence, pelirrojo original y místico en potencia, pasó por México a mediados de los años veinte en busca de un tema que lo llevara a su particular y conmovedora verdad y se encontró con la religión de la serpiente. *La serpiente emplumada* es un libro bandido, rebelde, serpiente enroscada en la multitud, todavía.